

# Alim Qasimov: el canto que arde

## Mary Farquharson

En el marco del 42 Festival Internacional Cervantino, y en otras ciudades del país, se encontraron dos mundos: el público mexicano recibió la cálida oleada de la música de Alim Qasimov. Mary Farquharson, quien se encargó de hacer posible esta gira, narra el mágico encuentro.

Alim Qasimov considera su arte como elitista. Pero rápidamente aclara que la élite a la que se refiere no es la que puede, y quiere, comprarse el coche del año sino que “es una élite de la sensibilidad, una élite de la inspiración”. Explica que una persona de esta élite “sabe cómo experimentar, cómo aguantar, cómo sentir, cómo escuchar el *mugham* y llorar”. Esta capacidad no tiene que ver con la educación ni con los orígenes de cada quien. Es otra cosa. Y aunque el *mugham* ha tenido sus momentos de auge y de declive, Alim considera que siempre habrá un público, hasta que se acabe la humanidad.

El gran maestro del *mugham* llegó a México el mes pasado desde Azerbaiyán, en uno de los pocos viajes que ha hecho fuera de su región —a pesar de su enorme importancia internacional—, y encontró, sin duda, a su público de élite en la belleza del Templo de la Valenciana en Guanajuato; entre las caras transformadas de los estudiantes en el Teatro de la Ciudad de México la noche siguiente; así como en Mérida y Guadalajara. Abrirse a la belleza de una alegre melancolía no es ajeno a estos públicos heterogéneos de México y en Alim Qasimov encontraron a un ídolo, nuevo para ellos.

El *mugham*, como explicó en septiembre la musicóloga Lucy Durán a estudiantes de la Escuela Nacional de Música, es: “una música y poesía de tradición oral, fuertemente espiritual, sofisticada y elaborada, con origen en las cortes de la antigüedad. *Mugham* es la palabra para la estructura musical, una *suite* que puede durar horas enteras, en la que se intercalan composiciones —*tesnifs*— con ritmo fijo, con improvisaciones libres en la voz

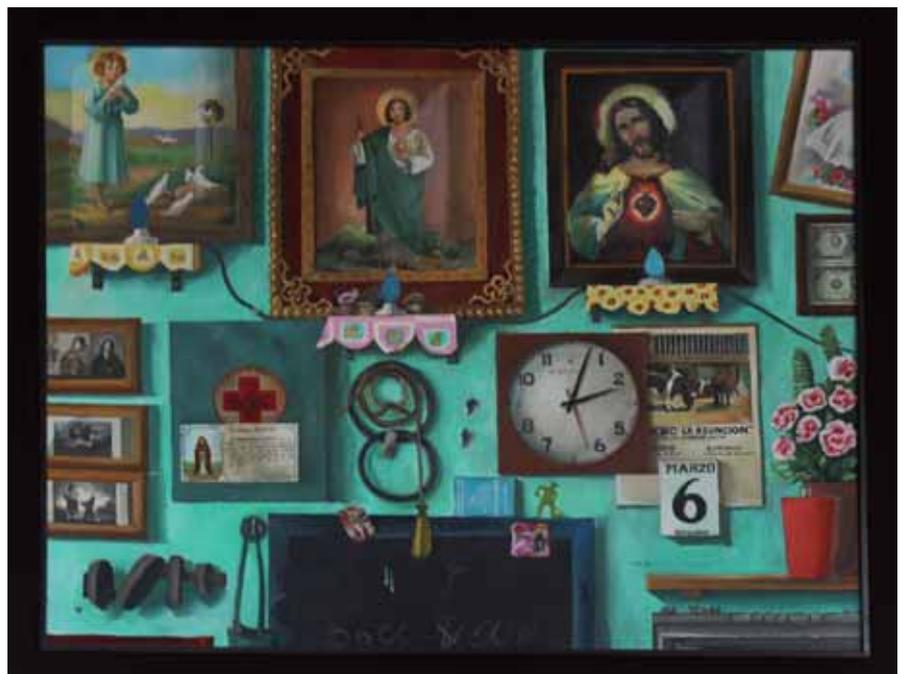
o instrumentos”, explicó la experta de la Universidad de Londres. Estas improvisaciones son los momentos en que un gran artista como Alim revela su genio, tanto para llevar al público a un estado emocional interesante, como para lograr que los músicos que lo acompañan entren en el mismo éxtasis que —casi como los sufís— se requiere para lograr la magia de esta música.

Habíamos escuchado a Alim por primera vez hace unos años en la casa de unos amigos melómanos y la fascinación con su voz nos abrumó cada vez que volvimos a escuchar el disco. Luego nos regalaron el cd y dvd, *Alim and Fargana Qasimov: Spiritual Music of Azerbaijan* —una coproducción en-

tre el Smithsonian Folkways y la Fundación Aga Khan Trust For Culture— y, en cuanto lo escuchamos, empezamos a buscar la manera de presentar a este gran cantante en México.

En las notas que acompañan el álbum, Alim habla del fuego que tiene que arder dentro de un músico —del género que sea— para que pueda destacar en su arte. La posibilidad para improvisar dentro del *mugham* permite que Alim muestre su propio fuego y convierta cada concierto en un acontecimiento, ya que el público —aun el más experimentado— no sabe qué esperar. “Cómo canto y cómo improviso representa mi alma en ese preciso momento. Representa mi *hal*, el estado de mi alma”.

*Altar en taller mecánico,*  
óleo sobre tela,  
60.3 x 80,  
1987.



Para Alim el *hal* no es algo que uno puede sacarse de la bolsa a voluntad, ni puede aparecer solo porque uno quisiera que así fuera. Es la inspiración que se requiere para transformarse uno mismo, a los demás músicos y al público. *Hal*: tres letras para describir lo que son palabras mayores.

Alim Qasimov es un artista de enorme importancia en su natal Azerbaiyán (en donde lo han nombrado "Tesoro nacional") y sus credenciales internacionales son impecables ya que es el ganador del premio IMC-UNESCO, otorgado previamente a Daniel Barenboim, Ravi Shankar, Yehudi Menuhin y Leonard Bernstein, entre otros. Ha colaborado con el chelista Yo Yo Ma y con el Kronos Quartet, cuyo director lo considera como uno de los cinco cantantes más importantes de todos los tiempos. Björk, siempre directa, lo llama "el mejor cantante del mundo".

Además de la voz exquisita y el fuego que arde en él, lo que distingue a este artista es el valor y la capacidad de innovar dentro de la música clásica, ya que el *mugham* es una estructura muy formal y establecida,

a pesar del permiso que da a la improvisación en ciertos momentos de la *suite*.

"No se trata de experimentar", aclara Alim, ni buscar la innovación solo por innovar. Más bien se trata de un cambio importante que se dio naturalmente en el momento de los ensayos en su casa. Su hija Fargana, mujer bellísima con una voz como pocas, había estudiado al lado de su padre y sabía no solo las *ghazals* de la poesía clásica y la estructura musical, sino que entendía el espíritu de su padre. Alim explica cómo fue que Fargana empezó a acompañarle en el escenario: "Yo empiezo la línea y ella la continúa y el resultado es como si una sola persona estuviera cantando. En momentos nuestras voces se entretrejen, casi como una polifonía".

Cuando Alim rompió con la tradición de interpretar el *mugham* en el formato del trío —un solo cantante acompañado por dos músicos— fue muy criticado, pero hoy en día la resistencia ha desaparecido. Además de extender este nuevo formato, hoy en día hay muchas mujeres que estudian el *mugham* en Azerbaiyán. "No tienen problemas; no es-

tamos en el medioevo", nos aclaró por teléfono, antes de llegar a México.

Fargana, mujer musulmana contemporánea, que ama el piano y las motos, además de su papel como madre e hija/discípula de Alim Qasimov, acompañó a su padre durante la gira mexicana e interpretó una parte del programa como cantante solista. En su casa, ella enseña a sus hijos la tradición, tal como la aprendió de su padre. Más allá de la casa, estudiantes en Azerbaiyán aprenden el *mugham* a través de la transmisión oral en las múltiples escuelas de música en Azerbaiyán, país ejemplar en la educación musical, según la musicóloga Lucy Durán.

En México hemos sabido poco sobre Azerbaiyán, más allá de la pasión por las estatuas oficialistas, las impresionantes cifras de producción petrolera y la censura a los críticos del régimen. La visita de Alim, lo más lejos posible de haber sido un proyecto político, fue el enorme regalo de un artista a su público elitista de otro cultura. Quiero pensar que, aunque el artista ya está de regreso en su país, dejó aquí un fuego que arde entre el público que tuvo el privilegio de escucharlo en vivo. ~



Altar en pared verde,  
óleo sobre tela,  
45.7 x 61,  
1995.